Ir a Servicio Católico

31 de mayo

LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

De las Homilías de San Beda el Venerable, presbítero

María proclama la grandeza del Señor por las obras que ha hecho en ella

GLOSA

El texto de hoy consiste en un comentario literal, de corte clásico, al canto del «Magnificat», escrito según las normas de la exégesis medieval. Queda en pie, en todo caso, para nosotros, una llamada de atención a la acogida reverente de la Palabra de Dios, contenida en los Escritos inspirados. Aquí, cada frase se contempla como un mensaje de salvación, paladeada en toda su virtualidad. Hemos de advertir que, si acusáramos a esta exégesis de literalista, deberíamos también reconocer nuestra impregnación racionalista que -bajo el peso de una erudición no siempre objetiva- acaba por condicionar la frescura de nuestra fe y nos priva de ese gusto que es fruto de la sintonía con las cosas divinas. Y, a raíz de esto, no podemos silenciar el testimonio precioso que entraña el uso multisecular del «Magnifical» en la celebración vespertina de la Oración de las Horas.

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador. Con estas palabras, María reconoce en primer lugar los dones singulares que le han sido concedidos, pero alude también a los beneficios comunes con que Dios no deja nunca de favorecer al género humano.

Proclama la grandeza del Señor el alma de aquel que consagra todos sus afectos interiores a la alabanza y al servicio de Dios y, con la observancia de los preceptos divinos, demuestra que nunca echa en olvido las proezas de la majestad de Dios.

Se alegra en Dios, su salvador, el espíritu de aquel cuyo deleite consiste únicamente en el recuerdo de su creador, de quien espera la salvación eterna.

Estas palabras, aunque son aplicables a todos los santos, hallan su lugar más adecuado en los labios de la Madre de Dios, ya que ella, por un privilegio único, ardía en amor espiritual hacia aquel que llevaba corporalmente en su seno.

Ella con razón pudo alegrarse, más que cualquier otro santo, en Jesús, su salvador, ya que sabía que aquel mismo al que reconocía como eterno autor de la salvación había de nacer de su carne, engendrado en el tiempo, y había de ser, en una misma y única persona, su verdadero hijo y Señor.

Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.- su nombre es santo. No se atribuye nada a sus méritos, sino que toda su grandeza la refiere a la libre donación de aquel que es por esencia poderoso y grande, y que tiene por norma levantar a sus fieles de su pequeñez y debilidad para hacerlos grandes y fuertes.

Muy acertadamente añade: Su *nombre es santo,* para que los que entonces la oían y todos aquellos a los que habían de llegar sus palabras comprendieran que la fe y el recurso a este nombre había de procurarles, también a ellos, una participación en la santidad eterna y en la verdadera salvación, conforme al oráculo profético que afirma: *Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará,* ya que este nombre se identifica con aquel del que antes ha dicho: *Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador.*

Por esto se introdujo en la Iglesia la hermosa y saludable costumbre de cantar diariamente este cántico de María en la salmodia de la alabanza vespertina, ya que así el recuerdo frecuente de la encarnación del Señor enardece la devoción de los fieles y la meditación repetida de los ejemplos de la Madre de Dios los corrobora en la solidez de la virtud.Y ello precisamente en la hora de Vísperas, para que nuestra mente, fatigada y tensa por el trabajo y las múltiples preocupaciones del día, al llegar el tiempo del reposo, vuelva a encontrar el recogimiento y la paz del espíritu.